

Consideraciones Finales para el Congreso OSLAM-1984-Quito

Mons. Antonio Quarracino,
Obispo de Avellaneda, Presidente del CELAM

I

La perspectiva que ofrece el tiempo facilita la posibilidad de pensar, o por lo menos sospechar e intuir, el carácter providencial de ciertos acontecimientos. En estos días celebramos las Bodas de Plata de la OSLAM y creo que por partida doble resulta permitido afirmar en el hecho de su fundación la especial presencia de la mano de Dios. Primero, en su nacimiento: porque poco a poco, después de haberse establecido el Consejo Episcopal Latinoamericano y poco antes del anuncio del futuro Concilio, surgía la OSLAM, como cabalgando entre el CELAM y el Vaticano II. Su creación implicaba un nuevo acento y aporte al marco continental latinoamericano dentro del cual, desde el 55, quería ubicarse la Iglesia para que fuera más honda su comunión y más eficaz su tarea. Además, el establecimiento de la OSLAM en vísperas del Concilio, se me antoja observarlo como detalle de cierta subconsciente voluntad de prevenir de alguna manera una unión —una comunión— muy útil frente a advenientes factores de disgregación y anticipar acuerdos generales para la formación sacerdotal integral de cara a un futuro cambiante hasta la precipitación.

Por partida doble, dije. Y es que contemplo estas Bodas de Plata en un momento que con razón creemos bendecido copiosamente por Dios. El resurgir vocacional, si no en todos los países de igual manera ni en todas las diócesis de un país con la misma intensidad, constituye uno de los fenómenos eclesiales más relevantes de estos años en América Latina.

Nuestra memoria es suficientemente fiel como para recordar que hace poco la Iglesia soportó tiempos desapacibles y tormentosos. "Seminarios clausurados —escribí en el boletín extraordinario de la OSLAM, a fines del año pasado—, alarmante carestía de vocaciones, incertidumbre e inte-

rrogantes sobre la vida sacerdotal y su preparación, junto a una floración de experiencias casi frustradas al nacer, hicieron de esos largos años una pesadilla nada agradable". Antes había dicho que "la década de los años setenta fue sombría".

Tan difícil es señalar con precisión el momento en que las cosas comenzaron a cambiar en nuestras iglesias como indicar las causas. Las acciones de Dios están más allá de los límites señalados por las fechas, los calendarios y las mediciones del tiempo. Algo semejante a aquello de Antonio Machado: "La primavera ha venido / nadie sabe cómo ha sido...".

Por otro lado, es posible señalar algunas situaciones y determinados motivos del refloramiento vocacional, pero en definitiva acabamos relativizándolos y concluimos pensando en los admirables y misteriosos designios de Dios.

Me imagino qué hubiera sido y qué cosas se habrían escuchado en la celebración de estas Bodas de Plata unos quince años atrás. Digamos más: cuántos interrogantes y decepciones hubieran flotado en el ambiente! Cuánto pesimismo y ambigüedad. Pero, gracias a Dios, las cosas han cambiado y con dificultades, es claro, las aguas van tornando a sus cauces. Hoy el problema —o por lo menos uno entre otros— radica en la escasez de formadores para los seminarios. Alimentemos la confianza en que, con el favor de Dios, un poco de paciencia y una dosis de espera, ese problema se irá solucionando. Es como la deuda que hubo y hay que pagar por los años de crisis.

No hace muchos días se me preguntó si la situación actual —el denominado refloramiento— continuaría. Respondí que no poseía la bola de cristal ni el don de la adivinación, pero que me atrevía a responder afirmativamente *con tal* que continuase la oración, no se descuidase la pastoral vocacional intensificada en estos años y si los seminarios se estructuraban teniendo en vista al sacerdote para hoy y, dentro de lo posible, para el mañana, sobre las bases fundamentales de una piedad sólida, de una disciplina seria, enraizada en una ascética equilibrada y profunda, de una formación intelectual adecuada.

Las respuestas a los desafíos y problemas actuales y futuros deben asentarse sobre esos principios si no se quiere crear una figura o un tipo sacerdotal superficial, inseguro y anodino. Si esos principios, que por otra parte son los de siempre, animan los nuevos trazos de un sacerdote para nuestro tiempo y el próximo milenio, no habrá fracasos ni desilusiones fuera de los que corresponden a la cuota inevitable que acompaña toda tarea humana. Para mayor abundamiento, conforme al parecer de muchos formadores y de sacerdotes empeñados en una labor juvenil y vocacional, la juventud de hoy cuando esboza una imagen sacerdotal da por supuesto y perfila los rasgos que corresponden a una vida espiritual profunda y a una cercanía al pueblo, a la gente, a la realidad concreta, pero con

identidad sacerdotal nítida, y sin funciones que no le corresponden o liderazgos que no son espirituales y religiosos. Esto debe quedar muy claro en la mente de los formadores porque no es imposible confundir la necesaria "encarnación en el mundo" con una suerte de "disolución en el mundo de lo sacerdotal". Fórmese al "hombre de los hombres, por ellos y entre ellos", pero ante todo y fundamentando todo, "fórmese al hombre de Dios". Es la tensión permanente entre el "incarnatus" y el "segregatus".

La solución de esto como de otras tensiones: evangelización o sacramentalización, culto o profecía, palabra o sacramento..., no está en la supresión sino en la conjunción iluminada y fundamentada, en la meditación del misterio de la Encarnación y en la contemplación fervorosa y permanente del Verbo de Dios hecho carne en María.

II

Sin duda cuanto se ha dicho en este Congreso configura un panorama completo de los medios para formar al "hombre de Dios y para los hombres" y ciertamente las dificultades y riesgos no han dejado de ser señalados. Sin embargo, séame permitido indicar algunos de estos últimos.

a) Con el deseo, lícito por lo demás, de llenar un vacío grande, consecuencia de los años de crisis, se corre el peligro de descuidar una selección conveniente. No se malogre la calidad por pretender una cantidad engañosamente consoladora.

b) Se dice que los tiempos de hoy exigen educar en la libertad al futuro sacerdote. La fórmula no está mal, aunque prefiero otra, que bien puede ser complementaria de la anterior o formar una unidad con ella; educar para la libertad. Recuerdo el título de un viejo libro de G. Bernanos que podría venir a cuento: "Libertad, ¿para qué?". Problema permanente este de la educación *en* la libertad y *para* ella. Fácil es plantearlo; no tanto el resolverlo en la práctica. Pero lo cierto es que la insistencia en el *en* no deja de tener en mi pobre opinión una serie de interrogantes y peligros fáciles de conducir a un abuso o mal uso de la libertad. El lema sería "educar para el buen uso de la libertad".

c) El apresuramiento por las tareas pastorales "inmediatas" puede animar ansias apostólicas legítimas por su sinceridad, pero de eficacia muy relativa por cuanto sus contenidos pueden ser bastante pobres y llevar aparejado un descuido en la formación interior e intelectual. Un detrimento en este orden implica en definitiva detrimento o pérdida en la densidad del apostolado mismo.

Para colmo, y sin tener clara conciencia de ello, ciertas experiencias pastorales de los candidatos al sacerdocio pueden convertir a comunidades,

instituciones y personas en una suerte de "conejos de India" para laboratorio. No hay derecho a ello.

d) El ambiente hedonista del mundo de hoy puede penetrar o ser transferido al seminario. Si las rigideces en la vida y la disciplina de los seminarios de tiempos pasados no cuadran hoy, tampoco hay razones que justifiquen la indisciplina, el desorden, la comodidad excesiva que muchísimas veces sobrepasa en mucho las del ambiente de donde provienen los jóvenes aspirantes al sacerdocio. La sobriedad de vida, además de ser una virtud cristiana, es formativa y no tenerla en cuenta puede llevar a una "forma vivendi" tan aburguesada como poco o nada testimonial.

e) En fin, me permito apuntar que la educación de la afectividad no es una tarea fácil en la educación del futuro sacerdote, de manera especial en esta época nuestra, por razones tan conocidas como reales. Difícil e imprescindible tarea, sobre todo en una civilización como la nuestra que ya hace muchos años Bergson calificó de "afrodisíaca"; como también es insoslayable una educación equilibrada y auténtica de la sensibilidad social.

Esta categoría de lo social y la preocupación por ella no puede invadir integralmente la preparación sacerdotal; menos aún encauzarse equívocamente en una mezcla de ideologías e impostaciones políticas. Ni insensibilidad social ni mistificaciones político-sociales. Los grandes sacerdotes, los grandes cristianos, los grandes santos, no necesitaron —ni necesitan— de ideologías, ni de compromisos políticos para amar profundamente al prójimo, en especial al más necesitado y pobre. Les bastaba —y les basta— con Cristo, el Evangelio y el Espíritu que anima a la Iglesia.

III

Ignoro hasta dónde continúa o en qué grado ha sido resuelta una cuestión que con frecuencia se planteaba en los años de la crisis y que creo se sigue planteando de una u otra manera. Podría sintetizarse así: ¿hasta dónde llegan las exigencias de la formación intelectual hoy, en América Latina para un sacerdote diocesano? No seré yo quien dé una respuesta categórica y precisa. Si por un lado no es posible admitir aquello de sacerdote "de misa y olla", tampoco es aceptable pretender que todo sacerdote —principalmente diocesano— sea perito, doctor o enciclopedia viviente. Creo, sin embargo, que una respuesta general —tan general que resulta difusa y vaga— puede ser dada diciendo que debe ser tal que lo disponga para una predicación digna y fiel del Evangelio, una presentación adecuada de la santa doctrina y una cierta cultura que pueda servir de base para un diálogo con el hombre de hoy. ¿Cómo se tabula todo esto? Aquí y ahora no me atrevería a graduarlo, pero sí me parece razonable anotar que debe tenerse en cuenta, dentro de lo

posible, el ambiente y las circunstancias en las que el futuro sacerdote desarrollará su futuro ministerio.

Me parece demás sumamente indispensable subrayar la importancia de lo que denominaría la "calidad" humana del sujeto: equilibrio, sensatez, lucidez para advertir sus condiciones y limitaciones; es decir, englobando todo ello: sentido común. (Y si se me permite un paréntesis, añadiría una relativa dosis de buen humor). Es decir, la formación humana. Alguna vez se dijo que si el sacerdote no es santo por lo menos que sea una "buena persona". La lealtad, la caballerosidad, la sinceridad, la hombría de bien, la cordialidad, la nobleza, la gratitud, el sentido de la amistad, la honradez, la gallardía... son capítulos de su formación humana.

¿Quién pondrá en tela de juicio la necesidad de *todas* las materias teológicas? Al respecto, hasta una simple enunciación es ociosa y superflua. Pero séame permitido anotar tres temas o materias que no las indico porque ni de lejos creo que deben ir en primer lugar; pero lamentaría que se las dejase en penumbras, tal como se ha hecho —y se hace— en algunos lugares. Las nombro sin entrar en explicaciones: la metafísica, la historia de la Iglesia, la teología espiritual. En un apéndice también anotaría: "Algunas nociones de economía" y "bases de cultura artística", por lo menos para que la Iglesia no sea el "depósito del mal gusto". También cito, nada más, como realidad importante, lo que se ha dado en llamar la "formación permanente".

IV

Si la educación en general puede ser denominada "ars artium", ¿cómo habría que calificar la educación sacerdotal, la formación integral de los sacerdotes? ¡Qué misión estupenda, pero qué tremenda responsabilidad encierra! ¡Qué tarea trascendental para la Iglesia, pero con qué atención, tino y delicadeza debe realizarse! ¡Cuánta generosidad postula, cuánto sacrificio y hasta decepciones, implica; cuánta fé y espíritu sobrenatural exige! ¡Pero cuánto gozo profundo reporta, de cuánto mérito es acreedora ante el Señor, cuánto bien y gratitud merece de la Iglesia y de las almas!

Dios ha de querer que todo el contenido de este Congreso —oración, estudio y conclusiones— constituya un aliento y una iluminación para los beneméritos formadores de los Seminarios de nuestra amada América Latina!